

prurito de maldecir , de representarme la sociedad, ó este ó aquel individuo con los mas execrables colores. ¡ Enfermedad epidémica en el mundo! El hombre se reputa mejor , aborreciendo á sus semejantes. Parece que todos los amigos se dicen al oido: « amémonos solamente entre nosotros , pues vociferando que todos los demas son vil plebe , parecerá que somos semidioses. »

¡ Curioso hecho que el vivir rabiando agrade tanto ! en ello se pone una especie de heroismo. Si el objeto contra el cual ayer se bramaba ha desaparecido , se busca otro inmediatamente. ¿ De quién me lamentaré hoy ? ¿ á quién aborreceré ? ¿ sabré nunca cuál es el monstruo ?.... ¡ O alegría ! le he hallado. Venid , amigos , despedacémosle.

Asi anda el mundo , y sin calumniarle puedo decir que anda mal.

XVIII.

No habia mucha maldad en quejarme del horrible cuarto en que me habian puesto ; por fortuna quedó desocupado otro mejor , y me hicieron la agradable sorpresa de dármele.

¿ No hubiera yo debido estar contentísimo de tal anuncio ? Pues no era asi por cierto , no pudiendo pensar en Magdalena sin sentimiento. ¡ Qué niñe-

ría ! tomar afecto siempre por cualquiera cosa , aun con motivos á la verdad no muy poderosos. Saliendo de este ruin cuarto , volví atras la vista hácia la pared en que me habia apoyado tantas veces , mientras que á un palmo mas allá acaso se apoyaba del lado opuesto la pobre pecadora. Hubiera querido oir aun otra vez estos dos patéticos versos :

Chi rende alla meschina

La sua felicitá ?

¡ Vano deseo ! otra separacion de mas en mi infortunada vida. No quiero hablar de ella largamente por no hacer reir á mi costa , mas seria hipócrita si no confesase que estuve triste por varios dias.

Al marcharme saludé á dos de los pobres bandoleros , vecinos míos que estaban á la ventana. Faltaba el gefe ; pero avisado por sus compañeros , salió corriendo , y me hizo un saludo junto con ellos , tras lo cual se puso á gorgear *Chi rende alla meschina*. ¿ Quería por ventura burlarse de mí ? Apuesto que si hago esta pregunta á cincuenta personas , cuarenta y nueve responderan que sí. Pues bien , á pesar de tanta pluralidad de votos , me inclino á creer que ese buen ladron quería hacer una gracia : la recibí como tal , se la agradecí y le eché otra mirada ; y él alargando el brazo por entre las rejías con una gorrilla en la mano me hacia todavía señas cuando me volvía para bajar la escalera.

Llegado al patio, tuve un consuelo; el mudito estaba en el pórtico; me vió, me conoció y quería volar á mi encuentro; la alcaidesa, no sé porqué, le agarró por el cuello, y lo metió adentro. Sentí no poderle abrazar, pero los brinquitos que dió por correr hácia mí me causaron mucha conmocion. ¡ Es cosa tan dulce el ser amado !

Era dia de grandes aventuras : dos pasos mas allá me encontré junto á la ventana de mi antiguo cuarto, y en el cual estaba ahora Gioja. « Buenos dias, Melchor, » le dije pasando. Alzó la cabeza, é inclinándose hácia mí, respondió: « buenos dias, Silvio. »

¡ Ay ! no me fue permitido detenerme un instante. Torcí el arco, subí una escalerilla, y fuí á parar en un cuartito bastante bonito encima del de Gioja.

Traida la cama, los *secondini* me dejaron solo, y lo primero que hice fue registrar las paredes, en las cuales habia algunas cosas escritas ya con lapiz, ya con carbon ó ya con instrumento puntiagudo. Encontré graciosas dos estrofas francesas que ahora siento no haberlas aprendido de memoria : estaban firmadas *le duc de Normandie*. Púseme á cantarlas, adaptando á ellas lo mejor que pude la música de la pobre Magdalena; mas al mismo tiempo oigo una voz muy cerca que las cantaba con otro tono. Cuando concluyó, le grité ; bueno ! y él me saludó

con urbanidad, preguntándome si era francés.

— No; soy italiano, y me llamo Silvio Pellico.

— ¿ El autor de *Francesca da Rimini* ?

— Cabalmente.

Me cumplimentó, y se condolió de que yo estuviese en la cárcel.

Preguntóme de qué parte de Italia era.

— Del Piamonte, le respondí, soy Salucés.

Hízome otro cumplido sobre el carácter y talento de los Piamonteses, con una mencion especial de los Saluceses, hombres de mérito, y en particular de Bodini. Estos cortos elogios eran finos como de persona de buena educacion.

— Ahora séame permitido, le dije, de preguntaros á vos ¿ quién sois ?

— Vos habeis entonado una cancioncita mia.

— ¿ Esas dos bellas estancias escritas en la pared son vuestras ?

— Sí por cierto.

— Con que sois vos.....

— El infeliz duque de Normandía.

XIX.

El alcaide pasaba por debajo de nuestras ventanas, y nos mandó callar.

¿ Qué infeliz duque de Normandía ? decia yo

entre mí. ¿No es este el título que se daba al hijo de Luis XVI? Indubitablemente este pobre niño no vive. Y bien, mi vecino será uno de esos desgraciados que han intentado hacerle revivir. Ya varios se han hecho pasar por Luis XVII, y fueron reconocidos impostores: ¿qué mayor creencia, pues, debe presentar este? Quería quedar en dudas, prevalecía en mí una invencible incredulidad, la cual todavía continuaba, mas no por eso determiné afrentar al infeliz, cualquiera que fuese la fábula que me contase.

Pocos instantes despues volvió á cantar, y entablamos de nuevo conversacion. A mi pregunta sobre quién era respondió ser cabalmente Luis XVI, y se puso á declamar con vehemencia contra Luis XVIII, su tío, usurpador de sus derechos.

— ¿Estos derechos cómo vos no los habeis hecho valer en tiempo de la restauracion?

— Estaba á la sazón enfermo mortalmente en Bolonia; apenas sano, me planté en un vuelo en Paris, me presenté ante las potencias aliadas, pero lo hecho, hecho: mi inicuo tío no quiso reconocerme, mi hermana se unió á él para oprimirme. Solo el buen príncipe de Condé me acogió con los brazos abiertos, mas su amistad nada podia. Una noche en las calles de Paris me asaltaron asesinos armados de puñales, y me costó trabajo escapar de sus golpes. Despues de haber errado por algun tiempo en Nor-

mandía, volví á Italia, y me detuve en Módena; desde allí escribiendo sin cesar á los monarcas de Europa, y particularmente al emperador Alejandro que me respondia con el mayor afecto, no desesperaba obtener al fin justicia, ó si por miras de política querian sacrificar mis derechos al trono de Francia, cuando menos creia se me asignase un infantado decente. Fuí preso, conducido á la frontera del ducado de Módena, y entregado en poder del gobierno austriaco. Ahora hace ocho meses estoy aquí sepultado, y Dios sabe cuándo saldré.

No dí crédito á todas sus palabras; mas que estaba allí sepultado era una verdad, lo que me movió á una viva compasion.

Roguéle me contase en compendio su vida. Me dijo con menudencia todas las particularidades que yo sabia ya acerca de Luis XVII, á saber, cuando le pusieron con el malvado Simon, de oficio zapatero de viejo, cuando le hicieron atestiguar una infame calumnia contra las costumbres de la pobre reina su madre, etc., etc. Y finalmente que estando en la cárcel vino gente una noche á apoderarse de él; un muchacho estúpido, llamado *Mathurin*, fue puesto en su lugar, y él se trasfugó. En la calle habia un coche con cuatro caballos, uno de los cuales era una máquina de madera, en la que fue oculto. Llegaron felizmente al Rin, y habiendo pasado la raya, el general (me dijo su nombre, mas no me acuerdo)

que le habia librado, le sirvió algun tiempo de preceptor y padre, le envió ó condujo despues á América. Allí el jóven monarca sin reino, corrió muchas caravanas, padeció el hambre en los desiertos, llevó las armas, vivió honrado y feliz en la corte del rey del Brasil, fue calumniado, perseguido, y forzado á ahuyentarse. Regresó á Europa á fines del imperio de Napoleon; fue detenido prisionero en Nápoles por Joaquin Murat, y cuando se vió libre, y en posicion de reclamar el trono de Francia, le invade en Bolonia esa funesta enfermedad durante la cual Luis XVIII fue coronado.

XX.

Referia esta historia con visos extraordinarios de verdad: no pudiendo creerle, me contentaba con admirarle. Conocia muy bien todos los hechos de la revolucion francesa, hablaba sobre ellos con mucha espontánea elocuencia, y contaba á todo propósito anécdotas curiosísimas. Tenia algo de soldadesco en su modo de hablar, pero sin carecer de esa elegancia que se adquiere en el trato fino de gentes.

—Me permitireis vos, le dije, que os trate francamente y sin daros vuestros títulos.

—Eso es lo que deseo, respondió; con la desgracia á lo menos he ganado reirme de todas las vani-

dades; os aseguro que me precio mas de ser hombre que rey. Por mañana y tarde conversabamos largamente juntos, y esceptuando lo que yo reputaba ser una comedia en él, su calma me parecia buena, cándida, deseosa de todo bien moral. Varias veces estuve por decirle: disimuladme, quisiera yo creer que sois vos Luis XVII, pero os confieso sinceramente que domina en mí la persuasion contraria, tened bastante franqueza para renunciar á esa ficcion. Y meditaba á parte una buena arenga sobre la vanidad de toda mentira, hasta de las que parecen inocentes. Diferia este proyecto de dia en dia, aguardando que nuestra intimididad creciese algunos grados mas y nunca me atreví á ponerlo en ejecucion.

Cuando reflexiono en esta falta de atrevimiento, á veces la escuso como urbanidad necesaria, temor delicado de causarle pena, y qué sé yo; pero estas disculpas no me llenan, y no puedo disimular que estaria mas satisfecho de mí, si no me hubiese quedado en el estómago la arenga proyectada. Fingir el prestar fe á una impostura es pusilanimidad: creo no lo haré mas. Pusilanimidad, si, verdad es que por mas preámbulos delicados que se empleen, siempre es áspera cosa decir á uno «no os creo.» Él se indignará, perderemos su amistad, y tal vez nos llenará de improperios. Sin embargo toda pérdida es mas honrosa que el mentir; y acaso el des-

graciado que nos colmaria de injurias, viendo que no es creida su impostura, admirará despues en secreto nuestra sinceridad, y le dará márgen á reflexiones que le llevarán por mejores senderos.

Los *secondini* se inclinaban á creer que era realmente Luis XVIII, pues habiendo ya presenciado tantas mudanzas de fortunas, no desesperaban que este ascendiese algun dia al trono de Francia, y se acordase entonces de la dócil servidumbre de ellos, pues escepto facilitar su evasion, usaban con él de todas las atenciones que deseaba, lo que contribuyó á tener yo el honor de ver al gran personage: era de estatura mediana, de unos cuarenta á cuarenta y cinco años, algo grueso, y de fisonomía propriamente borbónica. Es verosimil que una semejanza accidental con los Borbones le habia impelido á representar este triste papel.

XXI.

Debo acusarme de un indigno sacrificio que hice al respeto humano. Mi vecino no era ateaista, y hablaba por el contrario algunas veces de los sentimientos religiosos como hombre que los aprecia, y no le son agenos; pero conservaba todavía muchas prevenciones sin fundamento contra el cristianis-

mo, al cual consideraba menos en su verdadera esencia que en sus abusos. La superficial filosofía que en Francia precedió y siguió á la revolucion, le habia deslumbrado; pareciale que era posible adorar á Dios con mayor pureza que segun la religion del Evangelio; sin tener gran conocimiento de Condillac y de Tracy los veneraba como á sumos meditadores, y se imaginaba que este último habia dado el complemento á todas las posibles indagaciones metafísicas.

Yo, que habia llevado mas adelante mis estudios filosóficos, que conocia la debilidad de la doctrina experimental, que sabia los crasos errores de crítica con que el siglo de Voltaire se habia puesto á querer difamar el cristianismo; yo, que habia leído Guénée, y otros buenos escritores que han descornado el velo que ocultaba esta falsa crítica; yo, que estaba persuadido que en sana lógica no se puede admitir Dios y recusar el Evangelio; yo, que miraba como cosa vulgar el seguir el torrente de las opiniones anticristianas, y no saberse elevar á conocer cuán simple y sublime es el catolicismo (no puesto en ridículo), tuve la cobardía de sacrificar al respeto humano. Los cuentos de mi vecino me confundian, bien que no podia escapárseme su futilidad. Disimulé mi creencia, anduve fluctuante, recapacité si era ó no oportuno contradecir, me dije que era inútil, y quise persuadirme estar justificado.

¡Cobardía! ¡cobardía! ¿Qué importa la audacia de opiniones acreditadas, si no descansan en ninguna basa? Verdad es que un celo intempestivo es indiscrecion, y puede mayormente irritar al que no cree. Mas el confesar con franqueza y modestia á un tiempo lo que firmemente se tiene por importante verdad, el confesarlo aun cuando no es presumible ser aprobado, y evitar alguna mofa, es indispensable obligacion; y esta noble confesion siempre se puede hacer sin tomar inoportunamente el carácter de misionero. Es un deber ciertamente confesar en todo tiempo una importante verdad; porque si no es de esperar que se reconozca esta inmediatamente, puede preparar no obstante á las almas, de modo que produzca un dia mayor imparcialidad de juicios y el consecuente triunfo de la luz.

XXII.

Estuve en este cuarto un mes y algunos dias. En la noche del 18 al 19 de febrero (1821) me despertó un ruido de candados y llaves, y veo entrar á varios hombres con una linterna: la primera idea que se me presentó fue que venian á degollarme; pero mientras miraba perplejo esas caras, hete aquí que se acerca á mí el conde B....., quien me dice con buen modo tenga la complacencia de vestirme presto para partir.

Este anuncio me sorprendió, y tuve el desalino de creer que me iban á conducir á las fronteras del Piamonte. ¿Será posible que tamaña tempestad se disipase así? ¿recobraría yo ya la dulce libertad? ¿volvería á ver á mis queridísimos padres, hermanos y hermanas? Estos lisonjeros pensamientos me agitaron por breves instantes. Me vestí con grande presteza, y seguí á los que me debian acompañar, sin poder siquiera despedirme de mi vecino; me pareció haber oído su voz, y sentí no poderle responder.

— ¿Adónde vamos? pregunté al conde, subiendo en coche con él y con un oficial de gendarmería.

—No puedo significarlo, hasta que estemos á una milla pasado Milan.

Ví que el coche no se dirigia del lado de la puerta Vercellina, y fueron desvanecidas mis esperanzas; calléme. Hacia hermosísima noche con buena luna: miraba esas calles por donde me habia paseado tantos años tan feliz, esas casas, esas iglesias; todo me renovaba mil deliciosos recuerdos.

¡O carrera de la puerta oriental! ¡o jardines públicos en donde me habia paseado tantas veces con Foscolo, con Monti, Lodovico de Breme, Pietro Borsieri, Porro y sus hijos, y con otros infinitos amigos, conversando tan á las nuestras del presente, y de las esperanzas de cada uno de por sí! ¡O cómo al decirme que os veia por la última vez, cómo á

vuestro rápido huir de mi vista conocia que os habia amado, y os amaba aun! Cuando pasamos la puerta, incliné algo el sombrero hácia mis ojos, y lloré sin ser observado.

Pasada mas de una milla, dije al conde B.....

— Supongo que vamos á Verona.

— Mas lejos, respondió; vamos á Venecia, en donde os debo entregar en poder de una comision especial.

Viajamos en posta sin detenernos, y llegamos el 20 de febrero á Venecia.

En setiembre del año anterior, un mes antes que me prendieran, estaba en esta ciudad, y habia comido en numerosa y alegrísima compañía en la posada de la Luna, y ¡cosa rara! dió la casualidad que el conde y el oficial me condujeron á la misma posada. Un criado se asustó viéndome, y advirtiéndome (aunque el gendarma y sus dos satélites, que parecian mis sirvientes, estaban disfrazados) que me hallaba en manos de la fuerza pública. Me alegré de este encuentro, persuadido de que el mono hablaria de mi llegada á mas de uno.

Comimos, y en seguida fui conducido al palacio del Dux, en donde ahora estan los tribunales. Pasé por debajo de los portales de la Procuracia, y por frente del café Florian, en el que habia disfrutado tan bellas noches por el otoño precedente; no vi á ninguno de mis conocidos.

Atravesé la plaza.... y en esta misma plaza, en setiembre último, un pordiosero me habia dicho estas singulares palabras: — Bien se ve que sois vos forastero, no comprendo como vos y todos los forasteros admiran este lugar: para mí es un sitio de maldicion, y paso por él únicamente por necesidad.

— ¿Os habrá sucedido aquí algun desastre?

— Sí, un desastre horrible, y no á mí solo. ¡Dios os preserve de él, Dios os preserve! Y se marchó precipitadamente.

Volviendo yo, pues, ahora á pasar por allí, era imposible no acordarme de las palabras del mendigo. Fue tambien en esta misma plaza que en el año siguiente subí al tablado, para oír leer la sentencia de muerte, y la conmutacion de esta pena en quince años de *carcere duro*.

Si tuviese la cabeza algo delirante de ideas misticas, haria gran caso de este pobre que me predijo tan enérgicamente ser aquel un *sitio de maldicion*. Noto solamente este hecho como una estraña ocurrencia.

Subimos al palacio; el conde B..... habló con los jueces, despues me puso en manos del carcelero, y despidiéndose de mí me abrazó conmovido.

XXIII.

Seguí en silencio á este : despues de haber atravesado varios corredores y varias salas, llegamos á una escalerilla que nos condujo debajo de los *Plomos*, famosas prisiones de estado desde el tiempo de la república Veneciana. Los asi llamados *Plomos* son la parte superior del antiguo palacio del *Dux*, cubierta toda de plomo. Allí el carcelero apuntó mi nombre en un registro, y me encerró en la estancia que me estaba destinada.

Esta tenia una grande ventana con enormes rejas, y caia al tejado igualmente de plomo de la iglesia de San Márcos. Al otro lado de esta veia á lo lejos el fin de la plaza, y por todas partes una infinidad de cúpulas y campanarios. El de San Márcos estaba solamente separado de mí lo largo de la iglesia, y oia en los que en el remate hablaban algo recio. Veianse tambien á la izquierda de ella una parte del gran patio del palacio, y una de las entradas. En esta parte del patio habia un pozo público adonde acudia de continuo gente para sacar agua; pero en la altura en que yo estaba, los hombres allá abajo me parecian niños, y no discernia sus palabras sino cuando se desgañitaban. Me encontraba aun mas solitario que en las prisiones de Milan.

En los primeros dias los cuidados del proceso criminal que me habia intentado la comision especial, me contristaron algun tanto, á lo que se añadia tal vez el penoso sentimiento de mayor soledad. A mas de eso estaba mas lejos de mi familia, y no recibia ya nuevas de ella. Las nuevas caras que veia no me eran antipáticas, mas guardaban una seriedad que tenia asomos de espanto. La fama les habia ponderado las tramas de los Milanese y del resto de Italia por la independenciam, y presumian que yo era uno de los mas imperdonables motores de aquel delirio. Mi corta celebridad literaria era notoria del alcaide, de su muger, hija, dos hijos varones, y hasta de dos *secondini*. ¿Quién sabe si todos ellos no se imaginaban que un autor de tragedias era una especie de mágico?

Estaban serios, desconfiados, ansiosos de saber pormenores sobre cuanto me concernia, pero sumamente atentos. Pasados los primeros dias se amansaron todos, y me parecieron buena gente. La muger era la que conservaba mas el sobreceño y carácter de alcaidesa; tenia como unos cuarenta años, era bastante seca de semblante y palabras, no dando el menor indicio de ser capaz de algun afecto por otros que por sus hijos.

Solia traerme el café por la mañana y despues de comer, como tambien agua, ropa limpia, etc. La acompañaban ordinariamente su hija, muchacha

de quince años, no bonita, pero de miradas compasivas, y sus dos hijos, uno de trece años y otro de diez. Despues se retiraban con la madre, y las tres jóvenes caras se volvian poco á poco á mirarme al cerrar la puerta. El alcaide no venia sino cuando tenia que conducirme á la sala en que se juntaba la comision para tomarme declaracion. Los *secondini* venian escasamente, porque tenian que vigilar las prisiones de policia, situadas en un piso inferior, en que habia siempre muchos ladrones. Uno de aquellos era un viejo de mas de setenta años, pero propio todavia para esa vida fatigosa de correr siempre arriba y abajo por las escaleras de las diversas prisiones; el otro era un mancebo de veinticuatro ó veinticinco años, mas ansioso de referir sus amores que de cumplir con su obligacion.

XXIV.

¡Ah! sí, las zozobras de un proceso criminal son horribles para un hombre acusado de crimen de Estado. ¡Cuánto recelo de perjudicar á los demas! ¡cuánta dificultad de luchar contra tantas acusaciones y sospechas! ¡cuánta verosimilitud que todo se intrínque cada dia mas funestamente, si no se termina la causa, si se hacen nuevos arrestos, si se des-

cubren nuevas imprudencias, no solo de personas desconocidas, sino de la faccion misma!

He resuelto no mentar la política, y por lo mismo tengo que suprimir toda relacion concerniente al proceso. Solo diré que muchas veces, despues de haber pasado largas horas en el interrogatorio, volvía á mi cuarto tan exacerbado, tan enfurecido que me hubiera quitado la vida, si la voz de la religion, y la memoria de mi amada familia no me hubiesen contenido.

Desapareció la habitual tranquilidad que ya me parecia haber adquirido en Milan, por algunos dias estuve desesperando de recobrarla y fueron infernales para mí; entonces cesé de orar, dudé de la justicia de Dios, maldije á los hombres y al orbe entero, y revolví en mi juicio todos los sofismas posibles sobre lo vano de la virtud.

El hombre infeliz y enfurecido es sumamente ingenioso en calumniar á sus semejantes, y al mismo Criador. La ira es mas inmoral, mas perversa que lo que se piensa generalmente. Como no se puede dar bramidos de la mañana á la noche por espacio de semanas enteras, y el alma mas poseida del furor tiene con precision sus intervalos de reposo, estos intervalos suelen resentirse de la inmoralidad que los ha precedido. Entonces parece estar en paz, mas es una paz mala, irreligiosa; una sonrisa bravía, sin

caridad, sin dignidad; un amor de desórden, de embriaguez y de escarnio.

En tal estado cantaba yo horas seguidas con una especie de alegría totalmente estéril de buenos sentimientos, me chanceaba con todos cuantos entraban en mi cuarto, me esforzaba en considerar todas las cosas con una sabiduría vulgar, la de los cinicos.

Este infame tiempo duró poco, seis ó siete dias. Mi Biblia estaba llena de polvo; uno de los chicos del alcaide me dijo un dia acariciándome: desde que ya no leéis vos ese librote, á mi parecer no teneis tanta melancolía.

— ¡Ese es tu parecer? le dije.

Y tomando la Biblia, sacudí con el pañuelo el polvo, y abriéndola sin intencion, me eché á la vista estas palabras: *et ait ad discipulos suos impossibile est ut non veniant scandala: vae autem illi per quem veniunt! Utilius est illi, si lapis molaris imponatur circa collum ejus et projiciatur in mare, quam ut scandalizet unum de pusillis istis.* « Y dijo á sus discípulos: es imposible que no sucedan escándalos: pero desgracia á aquel por quien vienen. Le valdria mas á este que le pongan una piedra de molino al pescuezo y le arrojen al mar que escandalize á uno de esos niños. »

Me admiré de encontrar estas palabras, y me avergoncé que este chiquillo hubiese reparado que no leia yo ya la Biblia, por el polvo que veia encima de

ella, y que presumiese que me habia puesto mas amable con olvidar á Dios.

¡Picarillo! (le dije con cariñosa reprension, y sintiendo haberle escandalizado), este no es un *librote*, y de unos dias á esta parte que no le leo, soy mucho peor. Cuando tu madre te permite pasar un rato conmigo, hago todo lo posible por desechar el mal humor; pero si tú supieras cómo me domina cuando estoy solo, cuando me oyes cantar como un desatinado.

XXV.

El muchacho se habia salido, y yo experimentaba cierto gozo de haber vuelto á agarrar la Biblia, y confesado que era peor sin ella, pareciéndome haber dado satisfaccion á un amigo generoso, injustamente ofendido con quien me habia reconciliado.

¿Te habia, pues, abandonado, Dios mio? exclamé. ¿habíame pervertido? ¿habia podido creer que la infame risa del cinismo podia concordar con mi desesperada situacion? Pronuncié estas palabras con una conmocion indecible; puse la Biblia en una silla, me arrodillé en el suelo á leer, y yo que lloro tan dificilmente, se me anegaron los ojos en lágrimas, las cuales eran mil veces mas dulces que todos

los placeres terrenales ; sentia de nuevo á Dios , le amaba , me arrepentia de haberle ultrajado envileciéndome , y protestaba no separarme de él nunca jamas.

¡ Ah ! ¡ cómo la enmienda de una culpa consueta , y eleva al alma ! Leí y lloré mas de una hora , y me puse en pie con entera confianza que Dios estaba conmigo , y que me habia perdonado mi demencia ; entonces mis desdichas , los tormentos del proceso , y el inminente patíbulo en mi concepto eran poca cosa ; era feliz de sufrir , porque de este modo podia llenar un deber , porque sufriendo con resignado ánimo , obedecia al Señor.

La Biblia , gracias al cielo , sabia leerla ; ya no era aquel tiempo en que la juzgaba con la mesquina crítica de Voltaire , vilipendiando espresiones que no son risibles ó falsas sino cuando por ignorancia ó malicia no se penetra el sentido de ellas. Veia claramente que era el libro de la santidad y de la verdad ; que ofenderse por ciertas imperfecciones de estilo , era cosa infilosófica , y semejante á la altanería de quien desprecia todo cuanto carece de formas elegantes ; que era un absurdo imaginar que tal coleccion de libros religiosamente venerados tenga un principio no auténtico ; y que en fin era innegable la superioridad de las Santas Escrituras sobre el Alcorán , y teología de los Judios.

Verdad es que muchos abusaron de ella , que-

riendo hacer un código de injusticia , una sancion á sus malvadas pasiones , pero siempre vendremos á parar que se puede abusar de todo , y ¿ de cuándo acá el abuso de una cosa escelente tiene derecho de decir que es mala en sí misma ? Jesucristo lo declaró : toda la ley , y los profetas , toda esa coleccion de sagrados libros se reduce al precepto de amar á Dios y á los hombres. Y ¿ tales escritos no serán la verdad adaptada á todos los siglos ? ¿ no serán la palabra siempre viva del Espiritu Santo ?

Despertadas en mí estas reflexiones , renové el propósito de coordinar á la religion todos mis pensamientos sobre las cosas humanas , todas mis opiniones acerca de los progresos de la civilizacion , mi filantropía , mi amor patrio , y todos los afectos de mi alma. Los pocos dias que habia pasado en el cinismo me habian contaminado mucho ; sentí sus efectos por largo tiempo , y debí trabajar mucho en vencerlos. Cada vez que el hombre cede algun tanto á la tentacion de envilecer su entendimiento , de mirar las obras de Dios con el infernal lente de la burla , de cesar el benéfico ejercicio de la oracion , el trastorno que opera en su propia razon lo dispone á recaer fácilmente. Varias semanas estuve molesto casi todo el dia con fuertes pensamientos de incredulidad , y fue necesaria toda la fuerza de mi espíritu para apartarlos.